

De la resistencia a la ofensiva en América Latina: ¿Cuáles son los desafíos para el análisis social?	Título
Houtart, François - Autor/a;	Autor(es)
En: El camino a la utopía desde un mundo de incertidumbre. Buenos Aires : CLACSO ; Ruth Casa Editorial, 2009. ISBN 978-9962-645-25-2	En:
Buenos Aires	Lugar
Ruth Casa Editorial CLACSO	Editorial/Editor
2009	Fecha
Colección Coediciones CLACSO	Colección
Resistencia cultural; Izquierda; Movimientos sociales; Análisis social; Resistencia; Integración; Acción política; Ética; América Latina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20140930054323/08resist.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



DE LA RESISTENCIA A LA OFENSIVA EN AMÉRICA LATINA: ¿CUÁLES SON LOS DESAFÍOS PARA EL ANÁLISIS SOCIAL?¹

La situación sociopolítica del continente latinoamericano ha cambiado de manera notable desde el principio de este siglo. Tomar como parámetro del cambio político el año 2002, fecha de la elección de Lula, en Brasil, parece emblemático. Como escribe Theotonio dos Santos, se trata del paso de las resistencias a la ofensiva. Tal fenómeno tiene que ser analizado con las herramientas de las ciencias sociales, es decir, tiene que ser históricamente situado, dialécticamente interpretado y puesto en su contexto global.

I. ¿Por qué en América Latina?

Dentro del proceso global de la orientación neoliberal de la economía mundial, es muy interesante constatar la transformación del campo político en América Latina y lo que no ha ocurrido en los otros continentes de la periferia del capitalismo central. Varias hipótesis pueden ser elaboradas para entender esta diferencia. La principal es que en América Latina, la fase neoliberal del capitalismo contemporáneo ha sido percibida por la mayoría de los grupos sociales como una agresión, y de hecho lo ha sido. Mientras tanto, en los países asiáticos –tanto los “tigres”, como los países “socialistas” (China y Vietnam), y los del sureste asiático (la India, en particular)– la mayoría la perciben como una oportunidad. En África, por razones de una larga y difícil construcción de su identidad política nacional, la conciencia de esta lógica de dependencia recién empieza a desarrollarse. Para comprobar estas hipótesis es posible proponer varias razones.

¹ Texto presentado en Bruselas el 14 de abril de 2007.

En el plan económico, el fracaso rápido del modelo de desarrollismo propuesto por la CEPAL en los años sesenta, que corresponde con el modelo de Bandung (Nation Building), fue mucho más rápido en América Latina que en el contexto asiático. Grandes países como China e India, a pesar de tener regímenes políticos muy diferentes, han podido realizar este concepto durante mucho más tiempo. En el continente latinoamericano, este fracaso significó la entrada masiva del capital exterior, acompañada por una ola de dictaduras (se puede pensar en el caso de Pinochet) que abrió la economía subcontinental al neoliberalismo.

También se puede añadir que, al contrario del continente asiático, no hubo prácticamente reformas agrarias en América Latina. Las iniciativas asiáticas de diverso tipo –capitalista en Taiwán o Corea del Sur, socialista en China y Vietnam– tuvieron como resultado, o bien favorecer una transición a la industria, o bien aumentar el poder de compra de las masas agrarias, por lo menos al nivel de subsistencia. En América Latina hubo relativamente poco desarrollo industrial, con excepción de algunos polos. Al contrario, en Asia, la industrialización y después la extensión de una economía de servicios han tenido un impacto significativo.

Otra diferencia fue el desarrollo, en América Latina, de una burguesía compradora que ha tenido muchas ventajas con la implantación del modelo neoliberal, al mismo tiempo que las distancias socioeconómicas aumentaban. Según Claudio Katz, economista argentino, “la carencia de un segmento gerencial competitivo es un bache de larga data, que proviene del carácter vulnerable y discontinuo que presenta la acumulación en los países periféricos”.² En Asia, por lo menos en algunos países grandes, hubo un real desarrollo de una burguesía nacional, como en la India, Indonesia, Malasia y también últimamente en China y Vietnam. Estos dos países habían basado su desarrollo en un modelo de capitalismo de Estado que, con la apertura al mercado, permitió la constitución de nuevas élites provenientes de la burocracia del Estado o del partido.

Finalmente, como señala Claudio Katz, América Latina fue el lugar de las primeras crisis financieras (México, 1995; Brasil, 1999; Argentina, 2001), fruto del neoliberalismo, después de la explosión de la deuda ya en 1982. El mismo autor añade que estallidos lejanos como el desplome de la

² Claudio Katz: “Gobiernos y regímenes en América Latina”, www.forumdesalternatives.org, 9 de abril de 2007, p. 6.

Unión Soviética, y la crisis asiática, tuvieron efectos aún más perdurables en la región que en sus propias zonas de origen.³

Desde el punto de vista político, se puede también plantear algunas razones de las diferencias. En los últimos 25 años, América Latina ha conocido un desmantelamiento del Estado, bajo orientaciones determinantes del FMI y del Banco Mundial. En la mayoría de los países asiáticos este no fue el caso. El desarrollo de países como Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong, se debió a la existencia de un Estado fuerte y a la planificación a mediano y largo plazo. La centralización estatal de China y Vietnam fue evidentemente predominante. En la India, la nacionalización de las industrias de base consolidó un poder político bastante extenso. El Estado en América Latina fue generalmente inconsistente, con frecuentes cambios de personal administrativo y poco impacto económico.

Podemos añadir también el hecho de que la política de *containment* fue tan fuerte en Asia como en América Latina. Se trataba de parar la extensión del comunismo presente en grandes países como China y Vietnam, y construir al mismo tiempo una barrera contra el peligro (teoría de los dominós) y una ventana de desarrollo capitalista alrededor de este grupo de países. Dictaduras al servicio de nuevas élites locales y un régimen colonial (Hong Kong), impidieron el desarrollo de movimientos populares y de partidos de izquierda, y por otra parte hubo también un fuerte apoyo económico occidental: acceso preferencial a los mercados y financiamiento del Estado. Así, el presupuesto de Corea del Sur fue apoyado en más del 50 % por los Estados Unidos durante más de 25 años. Por el contrario, en América Latina, si la “amenaza comunista” estaba presente, no se apoyaba en un gran Estado potente, sino en uno de los países más pequeños del continente (Cuba), o estaba alimentada por movimientos revolucionarios locales, relativamente fáciles de controlar —en América Central, por ejemplo, con guerras de baja intensidad; o en el Cono Sur, con regímenes militares.

En comparación con África, la descolonización en América Latina había sido más antigua. Por eso, el momento histórico de la postguerra mundial en el continente africano fue caracterizado por la recuperación de su identidad política. Las enormes dificultades de la transición post-

³ Ibídem, p. 3.

colonial tuvieron como consecuencia centrar la atención más en el campo político que en el económico. Por otra parte, la integración continental es más fácil en América Latina, por la similitud de lenguas, mientras que África está dividida en tres grupos lingüísticos principales: inglés, francés y árabe, sin hablar del gran número de lenguas locales.

El mundo árabe vive el neoliberalismo como una ofensiva occidental de destrucción cultural, más que como una dominación económica. Esta culturización del problema sirve a los intereses de las élites locales que reprimen todo movimiento social de izquierda y permite al fundamentalismo islámico canalizar las reacciones. Cuando el imperialismo se traduce en guerras para el control del petróleo, las resistencias toman caracteres muy violentos, como se ve en Iraq y en Afganistán, pero sin desembocar en un proyecto político postcapitalista.

Finalmente, la arrogancia de los Estados Unidos frente a los países latinoamericanos desempeñó un papel no despreciable. En una gran parte de estos países se habla de “la embajada”, lo que significa que solamente existe una y que ella constituye un verdadero actor político en la vida interior de los países. Eso ha sido un factor de aceleración de una toma de conciencia de la significación del imperialismo y la alianza entre lo político y lo económico. Sin embargo, la dificultad de reacción frente a la nueva situación política del continente está probablemente ligada al hecho de haberse enredado en el Medio Oriente.

Hay también razones sociales para la resistencia al neoliberalismo. Después de la ola de ensayos revolucionarios, que en la mayoría de los países no tuvieron éxito político, se desarrollaron movimientos sociales de nuevo tipo, sobre los cuales hablaremos en detalle más adelante. Eso se manifestó de manera muy clara con el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001. Tal vez por su origen en el continente, la influencia de los foros mundiales (cinco de siete), continentales (el Foro de las Américas), locales y temáticos (Amazonia), ayudó al desarrollo de una conciencia colectiva de resistencia al neoliberalismo más aguda en América Latina que en otros continentes.

Razones ideológicas y culturales permiten también entender la diferencia de reacciones contra el neoliberalismo. Varios factores han podido actuar en este sentido. Las ideas de la Revolución Francesa han influido en la cultura política latinoamericana mucho más que en otros continentes. Eso se nota no solamente en el pensamiento de los varios “liberta-

dores” del siglo XIX, sino también en el último período de ola neoliberal, donde a pesar de los “valores” contradictorios que se introdujeron, nunca este espíritu ha sido totalmente eliminado.

La corriente marxista humanista ha sido también una característica latinoamericana. Se puede hablar de un marxismo criollo, en el sentido de que dentro del pensamiento crítico del continente, el marxismo ha sido un elemento evidentemente central, pero siempre con aportes locales directos o indirectos. Podemos pensar en Mariátegui, en Martí, en el socialismo cubano y en muchos otros. Eso tal vez puede explicar el hecho de que la caída del Muro de Berlín no ha tenido el mismo impacto intelectual que, por ejemplo, en Europa, y se ha mantenido viva una referencia marxista a pesar de la ofensiva ideológica neoliberal.

Un factor geográficamente delimitado, pero de gran importancia, fue el renacimiento de los movimientos indígenas, que empezaron desde fin de los años noventa a ir más allá de la búsqueda identitaria y a luchar por su supervivencia económica. El nacimiento del Zapatismo en México o la combatividad de los movimientos indígenas en Bolivia y Ecuador son ejemplos ilustrativos importantes.

Finalmente, el desarrollo de la Teología de la Liberación, junto con las comunidades eclesiales de base, ha tenido un lugar cultural notable. Eso permitió el desarrollo de actitudes críticas y de compromisos políticos de los cristianos, con un apoyo intelectual y, durante un cierto tiempo, institucional, que ha tenido verdadero impacto en la cultura crítica del continente y en la constitución de movimientos sociales y políticos.

Se puede así concluir que el continente latinoamericano ha sido más sensible al neoliberalismo que los continentes asiático y africano, por razones objetivas y subjetivas. Es evidente que en Asia las diferencias sociales fueron ampliamente acentuadas por las políticas neoliberales, pero la idea de que un día el conjunto del pueblo iba a poder acceder al nivel de consumo de los 20 % más ricos es todavía muy vigente. La única excepción es las Filipinas, muy similar, desde hace varios siglos, al modelo latinoamericano.

En América Latina la conciencia de lo que es el modelo neoliberal es más amplia que en el continente africano y en el mundo árabe por las razones ya explicadas. Estas son las hipótesis que pueden acercarnos a la respuesta a la interrogante: ¿por qué en América Latina?

II. El contexto histórico

Solamente añadiremos algunos aspectos de la historia contemporánea de América Latina que ayudan al análisis. Siempre es muy difícil caracterizar el continente como un conjunto. Lo único que se puede señalar, son las grandes corrientes que afectan, de una manera u otra, a todos los países del hemisferio. En este sentido se pueden recordar tres períodos principales.

El primero es el proyecto desarrollista cepalino. El principal pensador de esta orientación fue Raúl Prebisch, quien, después de la Segunda Guerra Mundial, propuso el modelo de sustitución de las importaciones por una producción local. El proyecto se apoyaba en pactos sociales entre sectores capitalistas y la parte organizada de los trabajadores. De hecho el mundo campesino estaba poco presente en estas perspectivas, aunque sí teóricamente se preveían reformas agrarias. Desde un punto de vista político, fue también el período de algunos regímenes de tipo “populista”, en particular en el Cono Sur. Muy rápidamente tal proyecto fracasó por el peso financiero de la transferencia de conocimientos y de tecnologías.

Un segundo período, con fechas muy diversas según los países, fue la integración progresiva a la economía mundial, con la penetración del capital extranjero; en particular, de multinacionales en los sectores de las materias primas y del *agrobusiness*. Regímenes dictatoriales acompañaron esta orientación económica, destruyeron los movimientos sociales y en particular lucharon contra los movimientos revolucionarios de tipo nacionalista, rural o urbano (doctrina de la seguridad nacional).

El último período se caracteriza por el neoliberalismo. La apertura generalizada de los mercados promovida por lo que se ha llamado el Consenso de Washington fue apoyada por las organizaciones financieras internacionales, en particular el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional. Este modelo empezó a finales de los años setenta, para extenderse de manera general durante las décadas de los ochenta y de los noventa.

Desde el punto de vista económico, el neoliberalismo significó para el continente en general, con pocas excepciones, una reducción relativa del crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), y una serie de crisis financieras. Hubo también una gran ola de privatizaciones, en ciertos países

equivalentes a una verdadera piratería, en favor de intereses capitalistas, en gran parte extranjeros. Los salarios reales bajaron, muy a menudo en una escala más alta que en los países de fuerte industrialización. El desempleo aumentó en las zonas industriales y la urbanización salvaje se aceleró, especialmente hacia las grandes metrópolis, debido al subdesarrollo rural.

La consecuencia fue un aumento drástico de la pobreza. En el año 2000, había 224 millones de pobres (menos de dos dólares por día) y entre ellos 100 millones de personas viviendo, según los cálculos del Banco Mundial, en la extrema pobreza, es decir, con menos de un dólar por día. Hubo 30 millones de pobres adicionales, si se compara con 1990. Otro factor es el aumento de las migraciones, especialmente en ciertas regiones, de México, de América Central y del Caribe hacia los Estados Unidos; migraciones internas entre Nicaragua y Costa Rica; migraciones de ecuatorianos, colombianos y bolivianos hacia Europa, en particular hacia España, etc. En las regiones del narcotráfico, los campesinos que cultivan la coca para la producción de cocaína viven en regiones de depresión económica y generalmente de destrucción de sus cultivos tradicionales. En otras, como en Argentina, Brasil o Colombia, el monocultivo de soja, eucalipto, palma, etc. ha sido causa, no solamente de destrucción ecológica de las selvas originales, sino también de expulsión a veces violenta de poblaciones locales.

Entre un 15 y un 20 % de la población, según los países, gozan de un desarrollo económico espectacular y tienen un poder adquisitivo en aumento, que se dirige en gran parte hacia los bienes y servicios sofisticados producidos por el exterior.

Desde un punto de vista político, las nuevas democracias que reemplazaron los regímenes militares o dictatoriales, se desarrollaron dentro de una impunidad jurídica de los actores políticos precedentes y con una crisis profunda de la democracia representativa. El conjunto de estos factores provocó un declive real de la credibilidad de las instituciones políticas tradicionales, aún las que fueron fruto de movimientos sociales, como en Brasil, Nicaragua y Uruguay.

III. La relación entre los movimientos sociales y las nuevas izquierdas políticas

Es innegable que desde el principio del nuevo siglo, se construyó un proceso dialéctico nuevo en las relaciones entre los movimientos sociales y los partidos políticos. Evidentemente, el contexto histórico y la tradición política de cada país influyen sobre las formas de este proceso. Se trata de actores en interacciones y, por consiguiente, de ninguna manera de un proceso lineal. Es lo que vamos a tratar de describir antes de abordar algunas reflexiones a propósito de sus interpretaciones en las ciencias sociales.

Los movimientos sociales

Durante el período neoliberal se produjo un cierto agotamiento de los movimientos sociales tradicionales. Esto no es únicamente típico del continente latinoamericano, sino un hecho generalizado en el resto del mundo. Los movimientos obreros fueron afectados por las políticas neoliberales, que implicaban una ofensiva contra el trabajo, a fin de reanimar la acumulación del capital. Se desarrollaron en muchos países del continente zonas francas, con grandes obstáculos para la existencia de sindicatos; el gran despliegue del sector informal, que constituyó una dificultad para la organización social, tanto como el aumento del desempleo y la represión contra líderes de los movimientos obreros, tuvo efectos muy negativos sobre su fuerza de contrapeso.

Lo mismo vale para los movimientos campesinos, que encontraron grandes oposiciones, y a veces represiones violentas, que impidieron el logro de las reformas agrarias proyectadas. Solamente en algunos países, como en Brasil, los campesinos poseen una cierta fuerza organizativa. Los movimientos estudiantiles, por su parte, perdieron también su impacto, pues este grupo social estaba fundamentalmente preocupado por su integración en el mercado neoliberal, sin hablar de su fragmentación ideológica. Se debe, sin embargo, señalar un hecho nuevo, la reacción de los estudiantes de escuelas secundarias en Chile contra las consecuencias de un neoliberalismo exacerbado.

Sin embargo, en los últimos 25 años han aparecido nuevos movimientos sociales que se han desarrollado entre indígenas, mujeres, ecologistas, descendientes de africanos. Su característica es precisamente su heterogeneidad, y su definición de nuevos objetivos como la dignidad, las exigencias democráticas y el bienestar.

Vale la pena mencionar a los movimientos indígenas. La celebración del 500 aniversario de la conquista fue una oportunidad para ampliar la conciencia indígena. A partir de este momento, que se corresponde con la aceleración neoliberal, asistimos a una salida de la clandestinidad o de la semiclandestinidad, de las culturas, las lenguas, las religiones indígenas. Eso se traduce también por contactos más generalizados entre indígenas de América en su conjunto. La primera Asamblea de los Pueblos tuvo lugar en 1998 en Santiago de Chile, seguida por la reunión de Quebec en el año 2002.

Los indígenas organizan movimientos de presión, no solamente para la defensa de su identidad, lo que fue una lucha de más de 500 años, sino también contra la pérdida de sus medios de supervivencia. Ya en 1997, hubo en Belo Horizonte, Brasil, una reunión de los pueblos indígenas contra el Consenso de Washington. Pero el hecho más significativo fue el inicio de la acción armada del movimiento zapatista, en Chiapas, el 1.º de enero de 1994, coincidente con la inauguración de ALENA, el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá. Se trataba de la reivindicación de un crecimiento económico y cultural de las poblaciones indígenas empobrecidas en zonas con muchos recursos naturales, y también de un deseo de reconstruir por la base el sistema político.

Además, durante las décadas de 1990 y de 2000, hubo un gran número de alianzas y de acciones comunes entre varios movimientos sociales. Podemos señalar, por ejemplo, la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), que reúne a los movimientos campesinos del continente. En el año 2004, los movimientos indígenas de Centroamérica se encontraron para oponerse al plan Puebla-Panamá. En Quito, antes del Foro de las Américas, en 2005, tuvo lugar la Cumbre de los Pueblos Indígenas. En Centroamérica, se organizó en San Salvador el Foro Centroamericano. Recordemos también los cuatro millones de firmas que recogió la acción contra el ALCA en Brasil y las marchas en 2004 y 2005 en ocasión del Foro Social Mundial de Porto Alegre, la última con más de 200 000 personas. Recordemos también

que el ALCA tenía una dimensión de “seguridad” que significaba la lucha contra los movimientos sociales. La resistencia política al proyecto estadounidense se manifestó en Mar del Plata en 2006 cuando cinco países votaron en contra; entre ellos, Argentina, Brasil y Venezuela, apoyados en la ola de resistencia popular empujada por los movimientos sociales.

Finalmente, la organización de los Foros Sociales Mundiales continentales, nacionales y temáticos que tuvieron lugar en el continente latinoamericano, reforzaron la colaboración entre varios sectores de la población, como resistencia contra los efectos del neoliberalismo en el continente.

Las resistencias culturales

Solamente queremos aludir al aspecto cultural de las resistencias, en particular en el mundo del arte y de la religión, aunque evidentemente no se puede identificar la cultura solamente con estas expresiones. En los medios populares existe un sinnúmero de reacciones culturales que afirman valores propios y formas de resistencia. Sin embargo, no se puede olvidar la producción cultural en tanto acción específica en el panorama de las resistencias a la destrucción social y ecológica de los pueblos del continente. América Latina ha sido un lugar de gran exuberancia cultural. En el plano literario, autores como Gabriel García Márquez, Eduardo Galeano, Julio Cortázar, Pablo Neruda, Ernesto Cardenal y muchos otros han desempeñado un gran papel. La obra del pintor Guayasamín, las canciones de Chico Buarque, de Silvio Rodríguez, de Pablo Milanés, de Carlos Mejía Godoy, y de centenares de otros cantores y músicos; y en el cine, las producciones de Bolivia, Argentina, México, Cuba y Brasil, fueron también canales importantes de concientización social.

En el plan religioso, como ya lo hemos señalado, el desarrollo de las Comunidades eclesiales de base y de la Teología de la Liberación es muy conocido y no necesita explicación adicional. A pesar de la represión eclesiástica y política, estas corrientes todavía existen y tienen sus expresiones y su impacto.

Testigos de la fuerza de la cultura en América Latina, un *meeting* por el Primero de Mayo puede ser acompañado de lecturas de poemas; una

reunión política se celebra con canciones populares, y un movimiento social es capaz de empezar sus actos con una referencia religiosa.

Las “izquierdas” políticas

Evidentemente es imposible hablar de manera general de las “izquierdas” del continente. Cada país tiene sus características específicas. Sin embargo, se puede observar, tanto algunas tendencias similares como diferencias significativas, que dan lugar a reflexiones interesantes en el ámbito de las ciencias sociales.

Varios regímenes políticos nuevos son el fruto de la convergencia de movimientos sociales. Es el caso del PT, en Brasil; del MAS, en Bolivia; y de la nueva coyuntura política del Ecuador. Está bien claro que existen diferencias frente a la conquista o frente a la gerencia de los poderes del Estado. En Brasil, Uruguay y Nicaragua, el proceso electoral clásico ha permitido el ejercicio del poder ejecutivo y legislativo según los mecanismos habituales de la democracia representativa. En otros países, como Ecuador y Bolivia, la reforma constitucional ha sido necesaria para cumplir con el proceso de transformación social y ha exigido medidas excepcionales.

En Venezuela, el proceso electoral permitió ganar las elecciones y organizar un gobierno, pero no hacer funcionar el Estado con la administración aún de manera significativa en manos de funcionarios adversos al proceso. Por eso se organizó un Estado paralelo, utilizando las varias “misiones” para la alfabetización, la enseñanza, la salud, la economía popular, la reforma agraria, la democracia participativa. Es la misma preocupación que presidió la propuesta de unir en un solo partido las fuerzas de izquierda (y no de crear un partido único, como lo pretende la oposición seguida por una gran parte de los medios de comunicación).

Como sabemos, el movimiento Zapatista tiene una posición bien diferente sobre el ejercicio del poder político. Se trata de reconstruirlo desde abajo y no de ganar a nivel nacional un poder que no será capaz de cumplir con las políticas necesarias. Por eso, el subcomandante Marcos propuso la abstención en las elecciones presidenciales de 2006 e inició su “otra campaña”.

En Cuba, la Revolución socialista que tiene más de cuatro décadas de existencia y ha podido sobrevivir, tanto al embargo de los Estados Unidos y al aislamiento político occidental, como a la caída del bloque socialista europeo, funciona con un partido único. Este tipo de gestión del Estado, que tiene un grado de flexibilidad interna mayor de lo que se dice generalmente, parece hoy más ligado al temor a la manipulación política por parte de los Estados Unidos (como en los casos de Nicaragua o del Salvador), que a una doctrina política. De todas maneras, la existencia de una Cuba revolucionaria durante casi medio siglo ha sido un factor clave en el despliegue de la transformación política del continente.

Las posiciones políticas frente al sistema económico son también muy diferentes. Lula, en Brasil, adoptó una política económica de continuidad con la orientación neoliberal de Fernando Henrique Cardoso (más a la derecha, según este último): pago del servicio de la deuda externa, independencia del banco central, proclive al *agrobusiness*, etc. Su característica propia es el desarrollo de programas de ayuda social elaborados y eficaces, pero sin cambio real del modelo económico.

Venezuela, Bolivia y Ecuador desarrollaron políticas de recuperación del control sobre sus recursos naturales. Sin embargo, por necesidades técnicas no están en capacidad de distanciarse de una cierta dependencia de las multinacionales del petróleo y del gas, ni de reorientar fundamentalmente los flujos de estos recursos hacia el exterior, en particular, hacia los Estados Unidos. Nicaragua no se encuentra en capacidad de denunciar el TLC que lo vincula con los Estados Unidos. En Bolivia, el vicepresidente García Linera habla de la construcción de un “capitalismo andino-amazónico” para calificar el proyecto actual del país.

Aun en Cuba, el fin del “período especial”, después de la caída de la Unión soviética, exigió el establecimiento de una doble moneda, la apertura al capital extranjero y el desarrollo del turismo internacional con fuertes inversiones europeas. El carácter positivo de los índices macroeconómicos desde 2005, en gran parte gracias a la cooperación con Venezuela, se traduce poco en la vida cotidiana de los ciudadanos (con excepción del fin de los apagones), porque el retraso de las inversiones públicas y las dificultades de la agricultura absorben el superávit.

En todo el continente, tanto las resistencias como las nuevas iniciativas están todavía acondicionadas por la agenda del proyecto neoliberal, pero

se manifiestan también en verdaderos esfuerzos por una nueva integración.

Los proyectos de integración

Desde hace más de tres décadas existen proyectos regionales de colaboración económica, como el Mercado Común Centroamericano, varias alianzas en el Caribe y entre los países andinos, y también acuerdos bi o trilaterales. Sin embargo, los nuevos proyectos tienen características propias. El Mercosur que ha salido de un cierto letargo incluye ahora a Venezuela y se presenta como una de las alternativas al ALCA. Venezuela ha dado nuevos pasos: Petrocaribe, que implica el abastecimiento de petróleo a precios ventajosos con facilidad de pago para 11 países; Petrosur, que une a Venezuela, Brasil y Argentina para la industria del petróleo y del gas; proyectos de oleoductos y gaseoductos, entre Venezuela y Panamá, y hacia el sur, etc. En 2007, tuvo lugar la segunda Cumbre Energética en la isla venezolana de Margarita.

Se firmó en 2007 un acuerdo para la constitución del Banco del Sur (Argentina, Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Venezuela) con el fin de realizar una autonomía financiera, y finalmente el ALBA, por el momento un tratado entre Cuba, Venezuela, Nicaragua, Bolivia y en el futuro Ecuador y probablemente Haití, que prevé varias formas de integración económica, social y cultural, y también una participación de los movimientos sociales. La realización de Telesur se inscribe en esta lógica, y la idea de Evo Morales de construir la Alianza Latinoamericana en las áreas del hábitat, la alimentación, el empleo y la salud corresponde a la misma preocupación. Acuerdos de cooperación cultural entre Cuba, Venezuela y Bolivia incluyen, entre otros, los programas de alfabetización. La Operación Milagro iniciada conjuntamente por Venezuela y Cuba permite curar centenares de miles de enfermos de la vista, demasiado pobres para ser atendidos en sus países respectivos.

Lo que caracteriza estas nuevas iniciativas es que se sitúan al margen de los circuitos tradicionales del sistema capitalista y en particular fuera del control de las instituciones internacionales del neoliberalismo, como el Banco Mundial y el FMI. También ellas tienen una orientación antimperialista muy clara.

Evidentemente existen obstáculos a este tipo de integración del continente. Varios países siguen otras vías. Se trata en particular de México y Colombia, donde los regímenes políticos son claramente neoliberales y aliados de los Estados Unidos. La represión de los movimientos populares y el uso de la democracia para cubrir la búsqueda de los intereses de las clases dominantes, impiden cualquier adhesión de tales países a las nuevas iniciativas.

Perú y Chile no manifiestan ningún entusiasmo hacia las nuevas orientaciones, por razones diferentes, aun cuando ambos están ligados por un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos (TLC). El primero, por desconfianza (tradicional) hacia el tipo de bolivarianismo que propone Hugo Chávez, líder de la nueva integración; y el segundo, por su modelo económico netamente neoliberal, acompañado por un sistema político que concede a la derecha un peso demasiado importante, caracterizado por una falta de reconocimiento de los derechos de su minoría indígena y por una fractura social profunda a pesar de un crecimiento económico espectacular.

Los Estados Unidos, por su parte, no pueden aceptar un fracaso de su política hegemónica y remplazan el ALCA por tratados bilaterales. Refuerzan sus vínculos con los países aliados y tratan de establecer contactos privilegiados con los elementos más débiles de las alianzas, lo que promueve una cierta desconexión (Brasil, Uruguay).

No se puede en un corto tiempo tener en cuenta todas las situaciones ni todos los desafíos. Podemos concluir que es muy claro que lo que pasa en el continente no significa una ruptura real con el neoliberalismo; es decir, con la fase actual del capitalismo. Sin embargo, la acción política va más allá de las resistencias para construir alternativas por lo menos parciales, lo que no se presenta en otras partes del mundo, y el tono es netamente antimperialista.

Se trata ahora de abordar un aspecto más teórico del tema, ligado a la interpretación de los fenómenos por las ciencias sociales. Nos limitaremos a tres tópicos: los movimientos sociales y sus vinculaciones políticas, el problema de las alternativas y la ética.

IV. Algunos desafíos para las ciencias sociales

Movimientos sociales y acción política

Entre los científicos sociales existe un acuerdo general sobre dos puntos. Por una parte, en América Latina, el nuevo panorama político ha sido influido por los movimientos sociales; y por otra, la historia de las resistencias ha sido caracterizada por convergencias, que, como lo dice Theotonio dos Santos, han creado un nuevo paradigma en la oposición al pensamiento único. Sin embargo, las interpretaciones de los hechos varían en cuanto a las causas, tanto como a propósito de los efectos, las estrategias y la conceptualización.

Michael Hardt y Antonio Negri han propuesto el término de *multitud* para expresar el estado actual de las resistencias contra el neoliberalismo. Se trata, pues, para ellos, de una multitud de agentes creativos y diferentes,⁴ que no deben ser similares para cooperar.⁵ Ellos forman un sujeto social activo a partir de lo que las singularidades tienen en común,⁶ capaz de comunicar y de actuar como un todo, manteniendo sus diferencias internas.⁷ El concepto de *multitud* difiere de la noción de *pueblo*, que es una síntesis que reduce las diferencias dentro de una identidad única,⁸ y también de la de *muchedumbre* o *masa*, porque la multitud no está fragmentada, ni es anárquica o incoherente.

Estos dos autores insisten sobre la importancia de las redes y de la democracia para el funcionamiento de la multitud, hasta el punto de hacer de la organización un fin. Afirman que la multitud es un concepto postmoderno (la modernidad elimina las diferencias) y postfordista, porque se trata de una organización policéntrica fundada sobre la pluralidad continua de sus elementos y de sus líneas de comunicación. En un sentido ellos se acercan a la concepción de Bruno Latour, que escribe que no se trata de grupos, sino de agrupaciones.⁹

⁴ Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 125.

⁵ *Ibidem*, p. 118.

⁶ *Ibidem*, p. 126.

⁷ *Ibidem*, p. 8.

⁸ *Ibidem*, p. 126.

⁹ Bruno Latour: *Changer la Société-Refaire de la sociologie*, La Découverte, Paris, 2005, p. 41.

Además, para Hardt y Negri, la multitud es el conjunto de los que rechazan la dominación del capital¹⁰ porque son las víctimas del orden global definido por el imperio. Como se ve la referencia al concepto de imperio es central.¹¹ La definen como la expresión de la globalización, hecho impersonal, resultado de la lógica del capitalismo.¹² El imperio es el fruto de la transformación de las formas de producción y de reproducción económica y social,¹³ que permiten establecer una nueva soberanía imperial¹⁴ y crear también nuevas subjetividades.¹⁵ Eso constituye el vínculo entre imperio y multitud.

Se puede criticar esta concepción, no por su análisis de la diversidad de los actores, sino por el hecho de que la multitud aparece más como un concepto que como un sujeto de acción. No se ve cómo se puede establecer una vinculación con el campo político; la única indicación ofrecida por los autores es que se trata de un actor automático. James Petras se pregunta, en su lenguaje directo y radical, “¿quién va a organizar la lucha por el poder socialista del Estado?”¹⁶ Emir Sader añade: “¿Cómo construir una hegemonía alternativa que representa las mayorías?”¹⁷ Theotonio dos Santos, haciendo referencia a Gramsci, plantea el problema de la construcción del “nuevo bloque histórico”.¹⁸ Edgardo Lander, refiriéndose a Venezuela, observa que aún en este país falta una estructura política a los proyectos alternativos;¹⁹ y, sin embargo, según Hardt y Negri, este país es un verdadero laboratorio para la multitud.

A propósito del concepto de imperio, recordamos las palabras de Atilio Boron: se trata (en Hardt y Negri) de un imperio sin imperialismo. James Petras está de acuerdo en decir que el imperio neomercantilista,

¹⁰ Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 132.

¹¹ Michael Hardt y Antonio Negri, 2002.

¹² Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 127.

¹³ *Ibidem*, pp. 99 y 127.

¹⁴ *Ibidem*, p. 12.

¹⁵ *Ibidem*, p. 89.

¹⁶ James James: *Imperio vs. resistencia*, Casa Editora Abril, La Habana, 2004, p. 314.

¹⁷ Emir Sader: “Reflexoes sobre a luta antineoliberal”, *Revista del Observatorio social de América Latina-Osal*, no. 15, oct.-dic., 2004, p. 80.

¹⁸ *Ibidem*, p. 32.

¹⁹ Eduardo Lander: “Venezuela en búsqueda de un proyecto antihegemónico”, *www.clacsa.org*, y *Alternatives Sud*, vol. XII (2005), no. 2, p. 109.

como él lo llama, no puede ser solamente atribuido a los Estados Unidos (solamente el 48 % de las multinacionales tiene sus sedes en los Estados Unidos, el 30 % está en Europa y el 10 % en Japón).²⁰ Este hecho permite compartir el análisis de Hardt y Negri, que va más allá de la confrontación geopolítica, para subrayar el carácter global de la dominación del capital y la transformación profunda de las relaciones sociales de producción y de reproducción que eso significa. Sin embargo, si el imperio es global, debemos recordar que solo los Estados Unidos, como nación, son capaces de un liderazgo militar mundial, y que su peso económico es particularmente importante en el continente latinoamericano, que se enfrenta de manera directa con una hegemonía económica y política del Norte (doctrina Monroe).

Hardt y Negri aluden a los foros sociales mundiales. Es verdad que los foros reivindican la diversidad. Es lo que Chico Whitacker, de Brasil, uno de los actores principales de la corriente altermundialista, afirma con fuerza.²¹ Los foros no son órganos de decisión ni de acción, sino lugares de encuentro y espacios de intercambio. Ellos desempeñan sin duda un papel significativo en la creación de una conciencia colectiva y también ayudan a la creación de redes de acción común. Hardt y Negri describen numerosas características de los foros, pero llegan a una conceptualización muy discutible, al aplicarle su concepto de multitud.

Otro es el enfoque de Boaventura de Souza, que evidentemente nota la novedad de la situación y del pensamiento. Él habla de “pluralidades despolarizadas”,²² lo que sin duda significa una ruptura epistemológica con las antiguas teorías extremas de ciertos movimientos sociales o políticos de izquierda y marca la posibilidad de un nuevo concepto de unidad de acción. Pero, para Boaventura de Souza, no se trata de “multitud”, sino de nuevos actores colectivos. Es un proceso difícil, dice el autor, porque faltan procedimientos de traslación (comunicación entre actores diferentes). Sin embargo, el proceso de politización que se nota en América Latina, es decir, el impacto y los vínculos entre movimientos sociales y organizaciones políticas, se realiza por la vía de la despolarización

²⁰ James Petras: ob. cit., p. 11.

²¹ Chico Whitacker, 2006, p. 33.

²² Boaventura de Souza Santos: *O Foro Social Mundial - Manual de uso*, Ed. Afrontamento, Porto, 2005, p. 166.

entre los dos términos. La reunión organizada por el Centro Martin Luther King en La Habana en abril 2007, con cerca de 50 movimientos relacionados con el tema: “América Latina: Movimientos sociales, alternativas políticas y paradigmas emancipatorios”, comprobó la nueva dinámica en favor de acciones.

Cierto, debemos reconocer que Hardt y Negri hablan de multitud de actores, pero el concepto queda demasiado vago y finalmente poco movilizador, y por eso parece necesario proponer otra perspectiva. Sin duda, también la convergencia de las resistencias es un hecho nuevo, y se puede citar una fecha: 1999, con la protesta contra el OMC, en Seattle, y El Otro Davos, primer encuentro de varios movimientos sociales con intelectuales y ONG progresistas. Este fenómeno corresponde a una nueva conciencia colectiva y se debe explicar por qué.

Nuestra propuesta es reconocer en primer lugar que la base general de la coyuntura actual es la globalización capitalista, es decir, no solamente la subsunción real del trabajo organizado (material o no material) al capital, sino la subsunción formal de todas las otras formas de subsistencia y de relaciones humanas a la ley del valor, por mecanismos financieros (la deuda, los paraísos fiscales) o jurídicos (normas del FMI, del OMC, del Banco mundial). Eso provoca lo que Aníbal Quijano llama “la igualdad de las desigualdades”.²³ Todas las clases sociales y los grupos en posición subalterna se ven afectados en su vida cotidiana por esta dinámica, que lejos de ser solamente económica, tiene sus dimensiones sociales, políticas y culturales.

Todos los grupos humanos sometidos sufren las consecuencias de la universalización de la sumisión al capital y a la lógica de la acumulación, y es lo que explica la convergencia de las resistencias. Todos afrontan el mismo enemigo, de una manera u otra. Lo nuevo no es la resistencia, sino la convergencia. El proceso no es fácil, porque las culturas de lucha son muy diferentes, lo que todos los autores de ciencias sociales reconocen. Pero no se trata de una “multitud” –cualquiera que sea el sentido dado al concepto de Hardt y Negri, inspirado por Spinoza–, sino de una convergencia de actores reunidos para manifestaciones de protesta, para el intercambio de experiencias y, hoy en América Latina, para la construcción de alternativas, hasta en el campo político.

²³ A. Quijano, 2006, p. 70.

De hecho, lo nuevo en América Latina es que más allá de los encuentros y de los intercambios, ya difíciles por las diferencias de “lenguaje”, la etapa de la “ofensiva”, como dice Theotonio dos Santos, se ha traducido en proyectos políticos. Es por eso que una tarea fundamental de las ciencias sociales es estudiar los procesos en sus diferencias y analizar los resultados.

Ya se puede concluir que de hecho la acción se realiza también en el plan político, sobre la base de objetivos comunes, sin pérdida de identidad, vía redes de actores. Así, en la lucha contra el ALCA, por ejemplo, muchos actores colectivos intervinieron juntos por este objetivo concreto, movilizador y con posibilidad de éxito, aún si las prioridades de cada uno quedaban diferentes para los campesinos, los indígenas, las mujeres, los jóvenes o los obreros. Se constituyeron redes, no solamente de protesta social, sino también de acción política, como en los casos del PT, en Brasil, o del MAS, en Bolivia. En un sentido se trata ya en América Latina del inicio de las redes de redes, que empiezan a construir el nuevo sujeto histórico, plural y diverso, portador de las aspiraciones altamente cualitativas de la humanidad contemporánea.

Alternativas

Muchos autores de ciencias sociales hablan de alternativas. Si el acuerdo es prácticamente unánime sobre el “a qué”, es decir, alternativas al neoliberalismo; muy diferente es el caso del “para qué”, ¿qué construir en su lugar? Una alternativa, como escriben Laurent Delcourt y François Polet del Centro Tricontinental de Lovaina la Nueva (CETRI), es una situación donde se encuentran dos órdenes de lo posible,²⁴ que implican objetivos concretos, proyectos positivos, medios y resultados. El discurso del altermundialismo, situado en gran parte en la base de las transformaciones en el continente latinoamericano, habla no de “alternativa” en singular, sino de “alternativas” en plural. Se trata, como lo expresan William Fisher y Thomas Ponniah, en su obra sobre los foros sociales, de una constelación que esclarece, anticipa y presagia los cambios anticipados.²⁵

²⁴ L. Delcourt y F. Polet: *Clés de lecture de l'altermondialisme*, CETRI, Lovaina la Nueva, 2007.

²⁵ Thomas Ponniah, William Fisher y Pablo González Casanova: “La gran discusión”, *La Jornada*, 19 de agosto de 2005.

Las alternativas suponen evidentemente estrategias, actores y medios para tener una consistencia.

¿Cómo plantear el problema en América Latina? ¿Qué lectura hacer del tránsito de las resistencias a la ofensiva? ¿Se trata realmente de alternativas al neoliberalismo como fase actual del capitalismo? De nuevo hay varias lecturas de la situación, como podemos notarlo en los ejemplos que siguen.

Para Hardt y Negri, el período actual se caracteriza en el mundo entero, y desde luego en América Latina, por una transición donde libertad e igualdad son los motores,²⁶ una reactivación de la lucha de clases²⁷ que trabaja desde adentro del imperio²⁸ para un proyecto político (alternativo) ni anarquista, ni vanguardista.²⁹ Tal objetivo se desarrolla en la conciencia colectiva de la multitud, de tal manera que se le puede comparar con una orquestación sin director de orquesta.³⁰ Es así que se abre un espectro de alternativas.

Alain Touraine propone una visión más pesimista. Él empieza por afirmar que las categorías de derecha e izquierda no tienen sentido en América Latina.³¹ La alternativa, para él, es la institucionalización de una democracia social. Desde este punto de vista, el fracaso es general, tanto para los Zapatistas, en el interior o el exterior de Chiapas, como para Lula, que no ha podido realizar un proyecto político y social de cambio. En Bolivia un proceso más positivo parece desarrollarse, Venezuela es un modelo débil de transformación social, y otros proyectos políticos caen en la ilusión neocentrista. Evidentemente, Chile está lejos de un marco institucional democrático, con su proyecto de “globalización exitosa”³² que no constituye una solución. Así, para Touraine, en América Latina estamos lejos de alternativas sólidas y coherentes.

²⁶ M. Hardt y A. Negri: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 259.

²⁷ *Ibidem*, p. 31.

²⁸ *Ibidem*, p. 11.

²⁹ *Ibidem*, p. 260.

³⁰ *Ibidem*, p. 76.

³¹ A. Touraine: “Entre Bachelet y Evo Morales ¿existe una izquierda en América Latina?”, *Nueva Sociedad*, sept.-oct. 2006, p. 54.

³² *Ibidem*, p. 56.

Analizando los actores políticos del continente, James Petras distingue cuatro bloques de poder. La izquierda radical, fundamentalmente antimperialista (FARCS, en Colombia; MST, en Brasil); la izquierda pragmática, que “no hace un llamado a la expropiación del capital, ni al rechazo a la deuda, ni a la ruptura con los Estados Unidos”,³³ donde se encuentran Hugo Chávez, Evo Morales y Fidel Castro; los neoliberales pragmáticos (Lula y Kichner) y los liberales doctrinarios (Calderón, en México, y Bachelet, en Chile). Tal categorización no corresponde tampoco a la realidad de muchas alternativas en la situación actual del continente.

Claudio Katz, argentino, ve tres tipos de gobiernos en América Latina: los conservadores, que evidentemente no ofrecen una alternativa al neoliberalismo; los centro-izquierdistas, como Lula y Kichner, que mantienen relaciones ambiguas con el imperialismo, toleran las conquistas democráticas y obstaculizan el logro de la reivindicaciones populares;³⁴ y finalmente los nacionalistas radicales, como Hugo Chávez, que tienen un proyecto que oscila entre el neodesarrollismo y una redistribución progresiva del ingreso. Katz concluye que “ningún de estos rasgos implica el inicio de un curso socialista semejante al recorrido por Cuba en los años sesenta. Por el momento el esquema nacionalista no traspasa el marco de la propiedad capitalista y del estado burgués”.³⁵ En otras palabras, si existen cambios reales, no hay real intento de una alternativa radical al neoliberalismo.

Otro autor, Jorge Magasich, chileno, habla de tres categorías: los administradores del neoliberalismo, como Michelle Bachelet, entre otros; la categoría de los que aplican un liberalismo interno y un latinoamericanismo externo, como Lula y Kichner; y el modelo de recuperación del país, como lo hacen Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa. Esta posición reconoce que existen acciones nuevas en varios sectores, como la democracia, la redistribución de los recursos, la integración del continente, que constituyen de hecho un anuncio de soluciones alternativas.

³³ J. James: “América Latina: cuatro bloques de poder”, *Yahoo Slow Letter*, 14 de marzo de 2007.

³⁴ C. Katz: “Gobiernos y regímenes en América Latina”, www.forumdesalternatives.org, 9 de abril de 2007.

³⁵ *Ibíd.*

Como se ve, estamos lejos de paradigmas unánimes. No es difícil observar que no se trata, en los casos de los cambios actuales en América Latina, de transformaciones que ataquen radicalmente y en lo inmediato la lógica del capitalismo. Todos están de acuerdo en afirmarlo. Pero la interpretación de los cambios oscila de la negación de su pertinencia hasta su carácter de anuncio de alternativas. Mucho depende de la posición precientífica —y legítima a condición de ser explícita— de los autores. Sin embargo, la imprecisión de los conceptos y las bases poco sistemáticas de la caracterización no ayudan a esclarecer mucho el panorama y la acción, aún cuando significan contribuciones a la reflexión.

Una palabra más a propósito de las estrategias de cambio, Ernesto Laclau insiste con razón sobre la necesidad de “construir un nuevo actor colectivo de carácter popular” para “una reestructuración del espacio público”, lo que es diferente del concepto comúnmente utilizado.³⁶ En este sentido él afirma que los cambios de régimen necesitan “una ruptura populista”. Para él este concepto significa el “momento de la participación popular” o el “proceso de movilización y politización creciente de la sociedad civil”. No niega que si el líder limita la participación de la base, existe un peligro, pero afirma que hoy “el peligro para la democracia latinoamericana, viene del neoliberalismo y no del populismo”.

Existen también las tesis muy conocidas de John Holloway, quien estima que el Estado es un tipo de relaciones sociales que forma parte de la totalidad de las relaciones sociales capitalistas, y que una solución alternativa no puede pasar por su conquista. La acción revolucionaria significa la disolución del Estado, pasando del “poder sobre” al “poder de”. Es precisamente el poder-acción que permite “cambiar el mundo sin tomar el poder”. Para él, la autodeterminación es la única alternativa.³⁷

Lo que está pasando en los partidos populares que tomaron el poder en América Latina ayuda a entender que los planteamientos de Holloway tienen bases en la realidad. Es verdad que el poder corrompe y que el control del Estado no significa automáticamente la llegada de alternativas reales y creíbles. Es verdad que muchos cambios significativos de la

³⁶ Ernesto Laclau: “La deriva populista y la contra-izquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, no. 205, sept.-oct., 2006, pp. 56-66.

³⁷ John Holloway: “Nouveau Millénaire. Défis libertaires-Douze thèses sur ’anti-pouvoir”, *Google*, 3 de abril de 2007.

lógica del capitalismo son el fruto de movimientos sociales contruidos desde la base, de iniciativas locales y de un rechazo a las formas existentes de ejercicio del poder y en particular del funcionamiento de la democracia parlamentaria. Sin embargo, no se ve cómo en la realidad histórica contemporánea se puede realizar una reforma agraria o una campaña de alfabetización sin poder político.

Pablo González Casanova adopta una posición mucho más concreta y realista. Gran conocedor del Zapatismo, él explica que “el planteamiento de la otra campaña y la Sexta Declaración de la Selva Lacandona comprende una crítica al sistema político, una crítica al sistema social y una crítica a los movimientos y fuerzas que luchan en el sistema central y en el Estado”. Pero esta actitud implica “una nueva forma de hacer política”. Según él, el único camino largo y peligroso para la humanidad es organizar la fuerza y la conciencia de los pueblos frente al Estado hegemónico y al modo de dominación y acumulación capitalista, frente a una democracia electoral cada vez más vacía de programas e ideas, frente al desinterés político que se traduce en muy altos niveles de obstrucción. Solo una organización democrática y crecientemente autónoma de la ciudadanía puede dar su respuesta. Es claro que la “nueva forma de hacer política” no significa un fundamentalismo anarquista, ni un desconocimiento de la necesidad del poder, sino un llamamiento a salir de las formas existentes que impiden cumplir con las metas de una desalienación económica, social y cultural de los de abajo.³⁸

Tal vez teorizar significa en primer lugar ver la realidad por el interior. A veces uno se pregunta si los teóricos de las ciencias sociales jamás han vivido lo que es organizar un foro social o trabajar en un partido político. Cuando nos acercamos a la realidad, vemos que en realidad las alternativas son plurales, pero existen diversos niveles. Hay el nivel de la utopía —¿cuál sociedad queremos cuando afirmamos que: “Otro mundo es posible”? Están el medio y el corto plazo, que dependen de las circunstancias. Eso significa esencialmente dos cosas.

Primera, que la definición de las alternativas a largo plazo es necesaria para presentar objetivos y motivar acciones. Sin embargo, no se trata de una construcción intelectual impuesta desde arriba, sino de una obra

³⁸ Pablo González Casanova en Thomas Ponniah, William Fisher y Pablo González Casanova: “La gran discusión”, *La Jornada*, 19 de agosto de 2005.

colectiva y permanente, donde todos tienen su aporte, incluidos los intelectuales. Sin este esfuerzo, los logros a medio y corto plazo pueden ser fácilmente recuperados y absorbidos dentro de la lógica dominante y, a pesar de presentar ventajas inmediatas reales, de hecho servirán a la adaptación y la reproducción del sistema capitalista.

Segunda, que la dicotomía reforma/revolución es, por una parte, una verdadera incógnita, porque muchos proyectos concretos escapan a la confrontación real con el capitalismo, y es, por otra parte, un falso problema. De hecho, la radicalidad del proyecto general no impide los “pequeños pasos” de los cuales hablaba Lelio Basso, el jurista italiano, porque la gente no sufre o muere mañana, sino hoy. Pero estas iniciativas no tienen sentido si no se inscriben en una perspectiva a largo plazo de transformación radical.

Es por eso que la idea de Hugo Chávez del “socialismo del siglo XXI” es más que una simple maniobra política. El primer sentido significa que no se trata del socialismo del siglo XX. Por eso, todos tienen que construir su sentido: miembros de los movimientos sociales, actores políticos, intelectuales, artistas, hombres y mujeres, creyentes y no creyentes. Desde el punto de vista de una reflexión social teórica, se podría proponer a título de hipótesis, para el socialismo del siglo XXI, cuatro ejes principales: utilización sostenible de los recursos naturales, lo que significa una relación de simbiosis y no de explotación con la naturaleza; priorizar el valor de uso sobre el valor de cambio, lo que implica otra filosofía de la economía; democracia generalizada en todas las relaciones sociales, políticas, pero también económicas y de género e interculturalidad, que dé la posibilidad a todas las culturas, filosofías y religiones de participar en la definición nueva de la vida colectiva, sobre la base de los tres ejes precedentes.

En este sentido, no es tanto el pragmatismo lo que se debe criticar en el proceso actual de las transformaciones en el continente, sino la ausencia eventual de vinculación con una meta revolucionaria. Es cierto que las resistencias en América Latina no se transformaron en una abolición de las relaciones sociales del capitalismo, ni en una desconexión *vis-à-vis* de sus centros de poder económico, pero, como lo ha dicho Samir Amin, podemos hablar de “avances revolucionarios”. Esta constatación evita caer en un pesimismo idealista o cínico, pero también olvidar que los procesos son reversibles y, en consecuencia, vulnerables. Es solamente

una visión dialéctica de la realidad de las resistencias y de las ofensivas, de los proyectos y de los actores que nos ayudará a caminar en la obscuridad para salir poco a poco a la luz.

La ética

Algunas palabras para terminar a propósito de la ética, que entra como un valor central en la preocupación de los actores sociales. No podemos en este ensayo desarrollar el tema en su plenitud. Solamente se tratarán de recordar algunas consideraciones generales.

La ciencia social es consciente de que la ética es una construcción social, en el sentido de que ella nunca puede ser concretada sin su contexto histórico y social. No es una imposición desde arriba por una instancia fuera de la historia. Sin embargo, eso no significa que su elaboración colectiva y constante carezca de referentes. Por eso vale la pena distinguir tres niveles.

El primer nivel es lo que Franz Hinkelammert llama la ética necesaria,³⁹ es decir, todo lo que se refiere a la posibilidad de la vida. Es por eso que este autor no dudó en calificar al capitalismo de sistema de muerte. Es el nivel básico de la ética, que ninguno de los otros dos puede ignorar. No se trata solamente de tomar posición frente a la capacidad de la humanidad de destruir su propia existencia, con las armas nucleares, lo que Hardt y Negri llaman corrupción y perversión de la vida.⁴⁰ Hay más todavía. Estudiando los efectos físicos, biológicos y antropológicos del sistema económico capitalista, Edgar Morin llega a la conclusión de que este pone en peligro la capacidad misma de reproducción de la vida, único parámetro dentro de un mundo caracterizado por la complejidad y la incertidumbre.⁴¹

Dentro de los moralistas, John Rawls, un humanista liberal, ve en las regulaciones del sistema la solución ética. Al contrario, Enrique Dussel, en su libro *Ética de la liberación*, analiza cómo la lógica del capitalismo llega

³⁹ F. Hinkelammert: *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto oprimido*, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006, p. 301.

⁴⁰ M. Hardt y A. Negri: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 34.

⁴¹ F. Houtart: *La ética de la incertidumbre en las ciencias sociales*, Ruth Casa Editorial, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

a la destrucción de la vida natural y social, es decir, de la vida humana misma. Estas reflexiones conducen al deber de deslegitimar el capitalismo en su esencia.⁴²

El segundo nivel es la ética institucional. Ningún sistema particular, económico, político, familiar, ninguna institución social, puede funcionar sin reglas éticas internas. La sensibilidad sobre la falta de ética en el funcionamiento de los partidos políticos ha sido grande en América Latina últimamente y con razón. Se debe exigir el respecto de la democracia interna y la transparencia financiera. Sin embargo, es importante recordar también que la ética interna de un sistema particular puede entrar en contradicción con la ética de la vida. Ya Sócrates y después Adam Smith hablaban de la ética de las bandas de ladrones. Existe una ética de la mafia y también una ética del sistema capitalista (contra la corrupción, por ejemplo), que pueden contradecir el primer nivel ético. Así, no basta con asegurar el cumplimiento de las normas de este nivel de ética para cumplir con el requisito fundamental.

Finalmente la ética personal de los actores políticos y económicos constituye el tercer nivel, también esencial, pero no suficiente. Nada peor que una mala institución gobernada por excelentes personas. La situación ideal es evidentemente la coincidencia de los tres niveles y es lo que se debe reivindicar. El problema concreto en la realidad es que situaciones ideales existen muy raramente. No se trata de elegir entre una solución ambigua y otra sin ambigüedad, sino de elegir sus ambigüedades. El criterio en este caso es la posibilidad de reproducción y de desarrollo de la vida. Hay varios ejemplos con este propósito en el continente, desde México hasta Brasil, pasando por Nicaragua. No se trata de *realpolitiek*, ni de fines que justifiquen los medios, sino de una elección concreta entre ambigüedades, frente a los desafíos de base, es decir, la reproducción y el desarrollo de la vida en su sentido completo, biológico y sociocultural, evidentemente siempre con el grado de incertidumbre y de riesgo que comporta este tipo de elección.

Estas son breves consideraciones sobre algunos desafíos para las ciencias sociales. Compartir estas preocupaciones es una tarea de todos, dentro y fuera del continente, porque lo que pasa en América Latina tiene un sentido que va mucho más allá de sus fronteras geográficas. Eso también es fuente de esperanza.

⁴² F. Houtart, 2005.

Bibliografía

- BORON, ATILIO: “La izquierda en el siglo XXI: reflexiones, tareas, desafíos”, *Envío*, julio de 2004.
- DELCOURT, LAURENT y FRANÇOIS POLET: *Clés de lecture de l’altermondialisme*, CETRI, Lovaina la Nueva, 2007.
- DE SOUZA SANTOS, BOAVENTURA: *O Foro Social Mundial - Manual de uso*, Ed. Afrontamento, Porto, 2005.
- DOS SANTOS, THEOTONIO: “De la resistencia a la ofensiva: el programa alternativo de los movimientos sociales”, *Revista del Observatorio de América Latina-Osal*, no. 15, sept.-dic., 2004.
- PONNIAH, THOMAS, WILLIAM FISHER y PABLO GONZÁLEZ CASANOVA: “La gran discusión”, *La Jornada*, 19 de agosto de 2005.
- HARDT, MICHAEL y ANTONIO NEGRI: *Empire*, Exils, Paris, 2000. ———: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004.
- HOLLOWAY, JOHN: “Nouveau Millénaire. Défis libertaires - Douze thèses sur l’anti-pouvoir”, *Google*, 3 de abril de 2007.
- HOUTART, FRANÇOIS: *La ética de la incertidumbre en las ciencias sociales*, Ruth Casa Editorial, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- HINKELAMMERT, FRANZ J.: *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto oprimido*, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006.
- KATZ, CLAUDIO: “Gobiernos y regímenes en América Latina”, www.forumdesalternatives.org, 9 de abril de 2007.
- LANDER, EDUARDO: “Venezuela en búsqueda de un proyecto antihegemónico”, www.clacso.org, y *Alternatives Sud*, vol. XII, no. 2, 2005.
- LACLAU, ERNESTO: “La deriva populista y la contra-izquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, no. 205, sept.-oct., 2006.
- LATOUR, BRUNO: *Changer la Société - Refaire de la sociologie*, La Découverte, Paris, 2006.
- LEON, IRENE (ed.): “Desaprender la democracia”, *La Otra América debate*, Foro Social Américas, Quito, 2006.
- MORALES, EVO: “Le Traité de Commerce des Peuples (TCP)”, *Panorámica latinoamericana*, no. 34, nov.-dic., 2006.
- MAGASICH, JORGE: “Les trois ‘gauches’ latino-américaines”, *Le Drapeau Rouge*, no. 15, dic., 2006-ene., 2007.

PETRAS, JAMES: *Imperio vs. resistencia*, Casa Editora Abril, La Habana, 2004.

———: “América Latina: cuatro bloques de poder”, *Yahoo Slow Letter*, 14 de marzo de 2007.

SADER, EMIR: “Reflexoes sobre a luta antineoliberal”, *Revista del Observatorio social de América Latina-Osal*, no. 15, oct.-dic., 2004.

TOURAINÉ, ALAIN: “Entre Bachelet y Evo Morales ¿existe una izquierda en América Latina?”, *Nueva Sociedad*, sept.-oct., 2006.